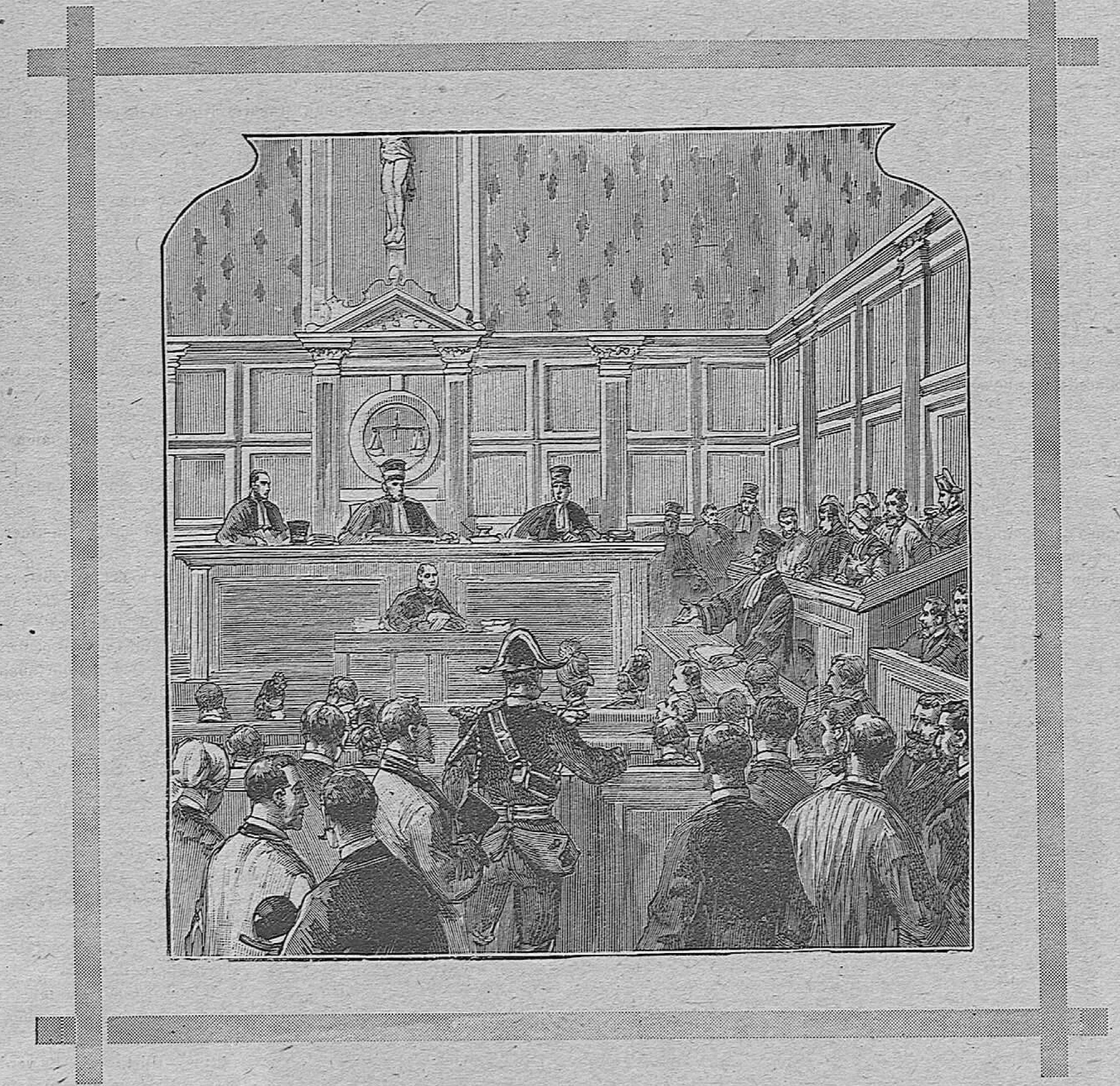
HERALDO DE ALCOY

Núm. 591 — Diario de avisos, noticias é intereses generales — Año IV

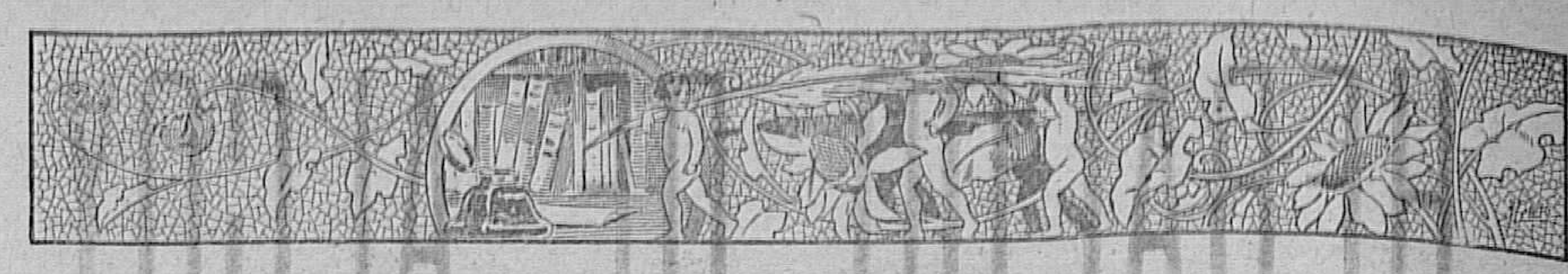
DOMINGO 23 JULIO DE 1899

NUESTROS NÚMEROS ILUSTRADOS

NOTA DE ACTUALIDAD



El tribunal que juzga á Dreyfus.



ESCLAVA DE SU CULPA

I

La terraza del hotel de W... en San Sebastián; Elena (nueve años), Luis (once).

LUIS.—Ya ves qué fastidio, tener que irme ahora á Madrid, aquí ue me divierto tanto; ¡si vieras allí cuánto me aburro!... ¡Siempre con on Fabián el cura; que no me permite jugar con nadie!

ELENA—Pues cuéntaselo á tu papá, y regañará al cura.

LUIS.—No, boba, si mi papá es quien le manda que no se separe de mí, y no me habla más que de las lecciones y de los santos.

ELENA.—¡Qué tontería!

LUIS.—¿Y tú te diviertes en Madrid?

ELENA.—No tanto como aquí; pero no me aburro, pues *mademoiselle* tiene muchas amigas y juego con las niñas que llevan.

LUIS.—¿Sales mucho á paseo?

ELENA.—Voy todas las tardes al Retiro.

LUIS.—Yo le diré á don Fabián que me lleve algún día para vernos

ELENA.—¡Ay!, sí, sí, y jugaremos juntos...

LUIS.—¡A mí no me dejan jugar con las niñas!

ELENA.—Anda, pues yo juego con los muchachos, y este año era novia de Carlitos.

LUIS.—Pero no lo serás más.

ELENA.—¿Por qué?

LUIS.—Porque lo eres mía, y no se puede ser de dos á un mismo tiempo.

ELENA.—Bueno, pues lo seré sólo tuya.

UNA VOZ.—¡Luisito, al coche!

LUIS.—Ya me llaman...

ELENA.—¿Te vas ..?

LUIS.—Sí, ya están abajo todos.

ELENA.—Pués hasta Madrid.

LUIS.—Adiós Elena... ¿Me quieres mucho?

ELENA.—¡Mucho, mucho!

Y sonó un beso espontáneo, franco, de esos que ni se piden ni se conceden, y que sólo brotan al contacto de dos almas inocentes.

II

Diez años más tarde; Elena en el antepecho de un entresuelo de la calle del Pez; Luis avanza calle arriba: son las siete de la mañana.

ELENA.—Ya viene ahí... tan cursi como siempre; con esas americanas del tiempo del rey que rabió... ¡Ah! Me es profundamente antipático, y si no fuera por mamá, ya le habría mandado á paseo hace mucho tiempo; pero es rico, las conveniencias se imponen, y me casaré con él... ¡Y vaya una vidita que me espera! ¡Es tan soso! Siempre pensando en negocios; siempre montando fábricas y todo el día metido en casa sobre los libros... A mí no me gustan así los hombres; el trabajar es propio de los viejos; los jóvenes deben divertirse y alternar con la gente... como Carlitos Luchana, por ejemplo... ¡Con ese sí, que me casaría de buena gana!...

LUIS.—*(En la casa.)*—Hola, Elenita.

ELENA.—Hola, Luis; ¿se puede saber á qué viene exigirme este madrugón? Bien sabías que anoche estaba en el Real; de modo que podías haber ido á decirme lo que se te ocurriera...

LUIS.—Tuve mucho que hacer, y además sabes que me aburre el teatro.

ELENA.—Lo que es á ti todo te aburre... ¿Y qué querías?

LUIS.—Despedirme de tí, pues á las tres marcho en el sudexpréss para París.

ELENA.—¿Que vas á hacer á París?

LUIS.—A comprar máquinas para una fábrica de papel; es un negocio que, bien llevado, puede producir un dineral.

ELENA.—¡Siempre á vueltas con los negocios!

LUIS.—Ellos y tú constituís toda mi dicha.

ELENA.—Bueno pues adiós, hace mucho frío y voy á tomar una pūlmonía.

LUIS.—¿No me das un beso?

ELENA.—Pchist... (besa á Luis con indiferencia).

LUIS.—Adiós, vida mía.

ELENA.—Hasta la vuelta... (aparte) ¡Qué cursi, pedirme un beso!

III

Diez años más tarde; Elena con una bata de casa, sentada en un sofá de su *budoire*; Luis en pie, de frac y poniéndose un abrigo.

ELENA (con mimo).—¿Te vas tan pronto?

LUIS.—Sí, el vizconde de X... me aguarda en el Casino para tratar de la venta de un tronco de alazanes cruzados que me hacen perder el sentido.

ELENA.—¿Por qué no me haces compañía un ratito?

LUIS.—¡Bah, qué falta te hago! Además, el vizconde me espera.

ELENA.—¡Estoy tan sola!

LUIS.—Pronto vendrán amigos á hacerte compañía.

ELENA (llorando).—¡Ay Luis! ¡Qué distinto eres de cuando nos casamos!

LUIS (bostezando).—En seis años da el mundo muchas vueltas.

ELENA.—¿Qué te cuesta acompañarme?

LUIS.—Me aburre la vida de casa; necesito hablar, distraerme, tratar de mis negocios...

ELENA.—¡Negocios! Ni memoria te queda de todas tus fábricas.

LUIS.—Tú tienes la culpa, pues me iniciastes á venderlas. Quisistes que fuera un hombre *chic*, y ya lo soy... ¿Que más puedes pedir?

ELENA.—Que no me abandones... ¿Quieres que vayamos al teatro?

LUIS.—Si quieres ir, en el patio tienes tu coche; pero yo voy al Casino.

ELENA.—¡Me abandonas, Luis mío!

LUIS.—No, pero voy á ver al vizconde.

ELENA (resignada).—¡Sin darme un beso!

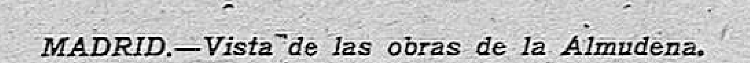
LUIS.—Pchist, eso no. (Besa á Elena con indiferencia.)

ELENA.—¡Cuán distintos son estos de tus besos de niño, de tus besos de enamorado!

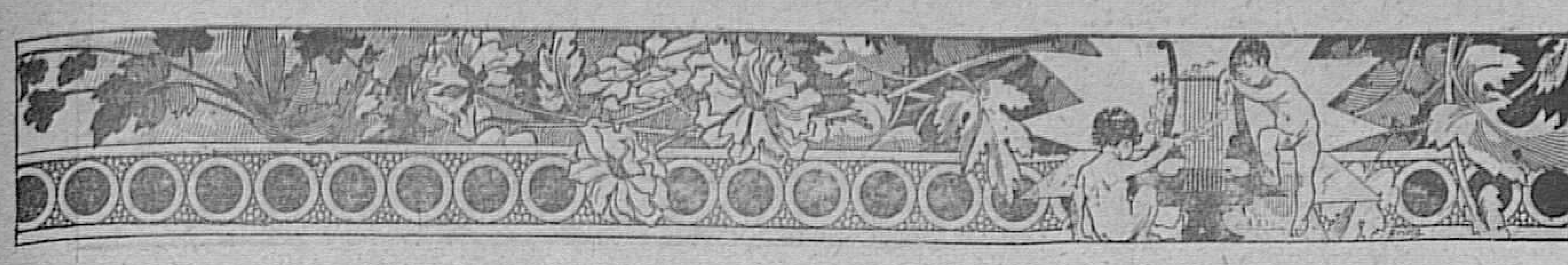
LUIS.—¡Distintos!... Es verdad; pero también tienes tú sola la culpa de ello.



Jules Luc d' Ecil.



MADRID.—Vista de las obras de la Almudena.



Y si algún día juntos estamos
construiremos nido de amor,
donde por siempre, paloma mía,
felices hemos de ser los dos.

Luis de Val.

UN IDILIO INTERRUMPIDO—POR UN LORO ENTROMETIDO *(por F. Montagud)*



A LA DE LA NUBE AZUL

Para aumentar tu destello,
nube de ligero tul
circunda tu rostro bello;
nube que es sobre tu cuello
blanca espuma y cielo azul.

Nube de rizada pluma
esclava de tu arrebol,
y no ha de extrañarme, en suma;
¡que entre nubes sale el sol
rasgando la densa bruma!

Nube que bajó del cielo
y en ti cifra su desvelo.
¿No ha de estar la hermosa nube
orgullosa del querube
que anida en su blanco velo?

La nube azul, reclinada
en tus hombros con desmayo,
tu tez blanca y sonrosada...
¡Las tintas de una alborada
serenas del mes de Mayo!

Yo no sé lo que sentí;
pero al punto que os miré,
la gasa al ver junto á ti,
con el labio sonreí,
con el alma suspiré.

De la nube celos tuve
porque bebe tu arrebol
y amante á tu labio sube..
¡Feliz la azulada nube
que está tan cerca del sol!

José Jackson Veyan.

CANTO DE AMOR

Yo sólo quiero, luz de mis ojos,
que tú me adores con frenesí;
sólo ambiciono, mi bien amado,
que tú me quieras como yo á ti.
Yo no deseo las ricas perlas
ni los brillantes que tienes tú,
yo sólo ansío cantarte amores
al son armónico de mi laúd.
Tan sólo anhelo, bien de mi vida,
caer de hinojos ante tus pies,
para jurarte que eternamente
con toda el alma te adoraré.
Y si me amas como te amo,
correspondiendo á mi gran pasión,
verás cuán dulces y embriagadores
son los suspiros del trovador.
Verás qué gratas son mis canciones.
¡Besos las notas tienen que ser!
¡Besos! ¡Oh! Cuantos al aura leda,
encanto mío, confiaré.

CANTARES

No te rizdas á tu amante,
porque es de todos sabido
que el que se rinde se queda
esclavo de su enemigo.

—

Las aguas del arroyuelo
angustia me suelen dar;
¡ver que corren á su muerte
sin poderlas atajar!

—

A tu lado me acerqué
para que fueras mi guía,
y desde entonces advierto
que camino á mi desdicha.

—

Temes que Dios te castigue
por ser causa de mis penas,
sin pensar que yo le pido
que no te las tome en cuenta.

—

Tus ojos me cegaron,
y ahora, bien mío,
todavía te ríes
de mi martirio.

—

No vayas, mi bien, muy lejos,
que si en regresar tardases,
las lágrimas de mis ojos
querrán salir á buscarte.

M. Serrano de Iturriaga.

EPIGRAMAS

Partió un balazo á Bermudo
los codos, y afirman todos
que el pobre se quedó mudo,
porque hablaba por los codos.

—

—¿En donde vives, Macarin?
—En la calle del Calvario,
y con una personilla
que *da el opio.*
—¿Sí? ¡Canario!
¿Es alguna modistilla?...
—No señor; un boticario.

—

Don Rufo y doña Cristeta
me han dicho que no se toman
la molestia de salir
en las noches calurosas
del estío á refrescarse,
sino que llega su hora,
se soplan en la camita
como dos buenas personas,
y dicen que allí están frescos.
¡Es natural! Si se soplan...

Juan Pérez Zúñiga.





SEVILLA.—La alameda de Hércules.

COSAS RARAS

EL ORIGEN DEL TAMBOR

Aunque, como suele decirse, el origen del tambor «se pierde en la obscuridad de los tiempos» y no poco han fantaseado acerca del asunto hasta tratadistas reputados por serios, algo puede decirse sobre esta cuestión interesante.

Refiriéndose á los tiempos heroicos de Grecia y Roma, ya se habla de tambores; pero con ser aquellas épocas tan remotas, puede muy bien afirmarse que su origen es muy anterior á este ciclo.

En China es donde se cree que se inventaron los tambores y que allí se usaron mucho antes que en Europa.

En efecto, datos aportados á la historia, y mejor dicho, á la prehistoria del Celeste Imperio por eminentes historiadores de aquel país, dan á entender que antes del legendario Tchu-Fu Chang ya existían una especie de tambores, que han sido reconstituídos por modernos músicos, teniendo en cuenta los datos que de fragmentos de objetos, relieves sobre todo, y escrituras se han podido hallar.

Este primitivo tambor ó tamboril supónese que era algo así como una grande pandereta, con piel por ambos cantos del aro, es decir, un tambor sumamente bajo de altura, pero muy grande en el diámetro de sus círculos.

Hemos nombrado la pandereta, y no sin razón, pues que alrededor del aro llevaba una especie de sonajas de cobre. Tocábase este instrumento con un solo palillo, con el que alternativamente se daba en las sonajas ó en la piel, y el extraño tambor colocábase sobre un trípode.

Otros investigadores opinan que el verdadero origen del tambor está en la India, donde, desde hace inmemoriales tiempos, se usa para alentar á la guerra y para ciertas danzas de bayaderas, como en las regiones centrales del Africa se emplea también para algunas ceremonias religiosas, tocándose con uno ó dos palillos indistintamente.

Entre este tambor (que es igual en su forma al que nuestros antepasados encontraron á los naturales del Perú, cuando descubrieron este pueblo) y el tambor primitivo chino hay, sin embargo, una diferencia enorme.

Podría decirse, para que fácilmente se nos entendiera, que el tamboril china tenía la forma aún mucho más baja, y con sonajas, que los actuales redoblantes y que el tambor indio, africano ó peruano; era, aproximadamente, como los altísimos tambores del ejército español hacia el año 38.

Por seguro se tiene que el antecedente del tambor fué el *timbal*, hecho sobre un trozo de tronco de árbol, horadado por un lado y poniendo atada alrededor en el hueco una piel fina curtida. Después vendría el horadar del todo el tronco y añadirle otra piel inferior, tocándose por ambos lados y ocupando el instrumento una posición horizontal.

No es, pues, *pastoril* el origen del tambor, sino *guerrero-religioso*, y si los pastores de Belén lo usaban, aunque muy poco, copiaríanlo de algunos viajeros ó de los mismos romanos, pues los antecesores á estos pastores, incluso los de la idílica Arcadia, no debieron conocer este instrumento, uno de los que mejor han encajado en la sorprendente orquestación moderna.

Ptolomeo.

TEMPESTAD

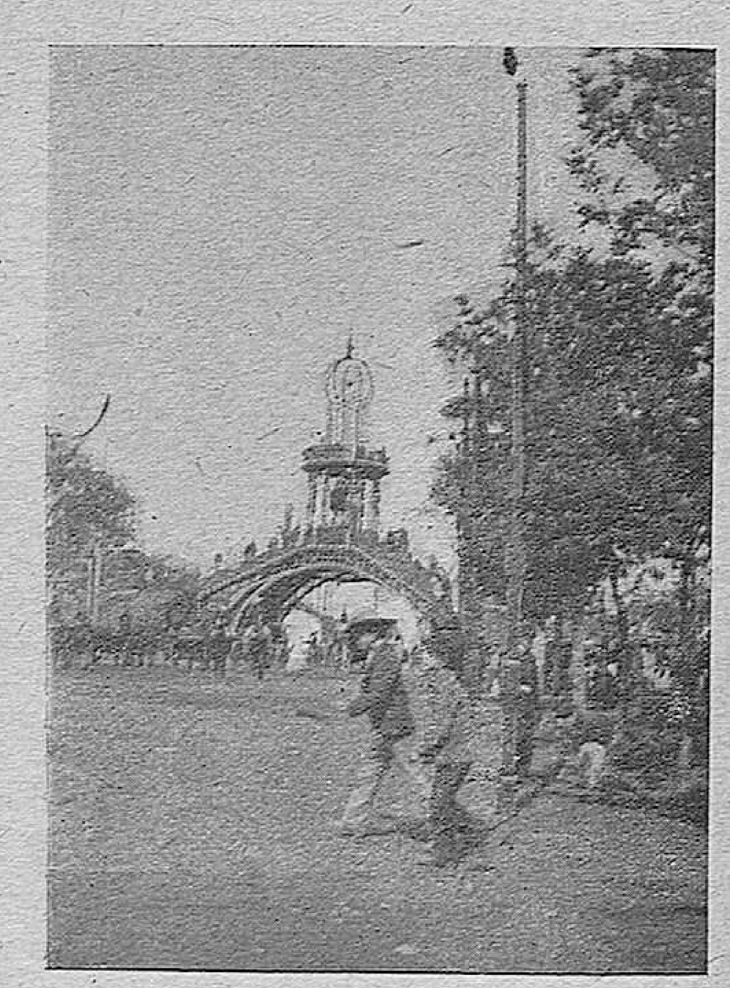
Ruge el trueno iracundo hacia Occidente
el mar se agita en convulsión terrible;
rompe la tempestad fiera, temible,
rasga el cielo el relámpago imponente.

El barco lucha, pero inútilmente;
forcejea ante el viento irresistible;
el agua es dueña de él, y en lucha horrible,
¡trágico el mar lo absorbe de repente!

Nada se escucha, ¡todo ha terminado!
El viento amaina, el cielo se serena,
cesando al fin el viento huracanado.

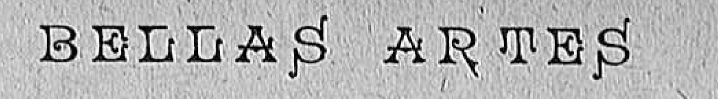
Y allá, á la playa, de despojos llena,
van los restos del buque destrozado
á descansar sobre la blanda arena.

Esteban Caballero.



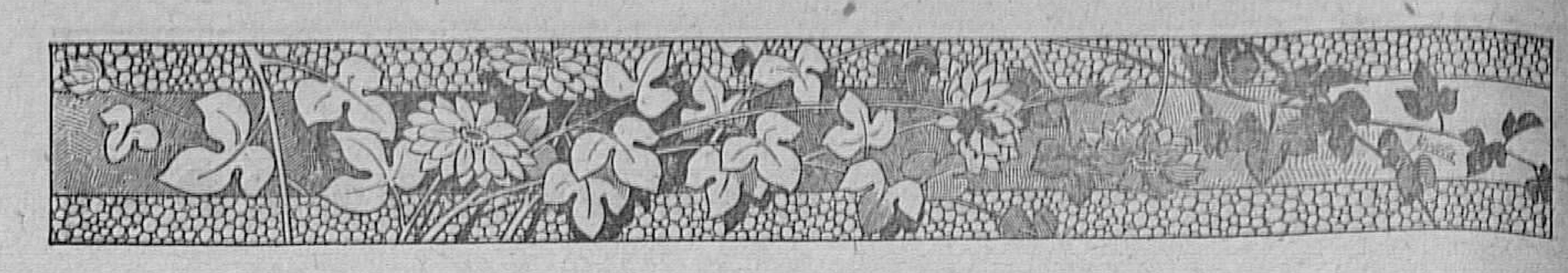
SEVILLA.—La Pasarela.

BELLAS ARTES





Llegada de Carlos V al Monasterio de Yuste. *(Cuadro de Alarcón.)*



YA ES TARDE

«*Cádiz...*

Mi adorada María: al fin piso el suelo de la patria y sólo me separa de ti una distancia que la locomotora en breve hará desaparecer.

Mañana te veré, después de tres años de eterna ausencia; tres años que doy por bien empleados, pues durante ellos he adquirido el nombre, y lo que es más, la fortuna que el opulento banquero don José Lopera exigía al que tuviera el atrevimiento de pedir la mano de su hija...

RICARDO.

Contéstame á Madrid, al Hotel de R.»

***

Cuando llegó Ricardo á Madrid y después al hotel, uno de los camareros, dirigiéndose á él, le preguntó:

—¿Es usted don Ricardo Fuertes?

—Sí.

—Entonces esta carta del interior será para usted.

Le entregó un sobre que abultaba no poco.

Ricardo le rompió.

El sobre contenía dos pliegos.

En uno de ellos sólo había escrito, con letra menudita, tres palabras y una firma:

«Ya es tarde.

MARÍA.»

El otro era una tarjeta de invitación al joven para que asistiera á la celebración del contrato matrimonial que al día siguiente, á las ocho de la noche, había de verificarse entre el Excmo. Sr. D. Víctor Itubialde, Conde de Ponte-Vedao y la Srta. D.ª María Lopera y Siles, hija del opulento banquero don José Lopera.

Ricardo se quedó aturdido.

Le parecía mentira la falsedad de la que él amaba tanto, y sobre todo el cinismo que demostraba aquella esquela de invitación.

Sentía destrozado su corazón, muertas sus ilusiones y sus esperanzas.



***

Brillante, deslumbrador aspecto presentaban los salones del suntuoso hotel que, en uno de los barrios modernos y más aristocráticos de la corte, poseía el opulento banquero don José Lopera.

El salón principal, regiamente decorado é iluminado á *giorno*, encerraba cuanto de más notable se contaba entre la banca, la política, la ciencia y la literatura.

La aristocracia de la sangre también tenía en él representantes, aunque en corto número.

El de hermosas mujeres era grande, y las joyas de pedrería con que venían adornados rizaba en mil centellas la luz de los cientos de bujías que iluminaban la estancia.

En un rincón, pálido como un cadáver, frunciendo el entrecejo y sombría la mirada, estaba Ricardo.

¿Por qué había ido?

No lo sabía; acaso por la misma razón que hace precipitarse en las profundidades del abismo al imprudente que se inclina sobre él... Impulsado por algo superior á su voluntad...

En uno de los extremos del salón había una pequeña mesa cubierta con un magnífico tapete de terciopelo grana, orlado de ancho galón y fleco de oro.

Sobre la mesa una magnífica escribanía de acero incrustada en oro y plata; una verdadera obra de arte.

De pronto cesaron las conversaciones.

Acaban de entrar en el salón los contrayentes, seguidos del notario y los testigos.

Comenzó el acto por la lectura del contrato.

El silencio era solemne.

En la fisonomía del novio y en algunos movimientos nerviosos, se podía notar que estaba inquieto é impaciente.

Por fin terminó la lectura.

El notario invitó á la joven á firmar, lo cual hizo ella con pulso sereno y sonriente de felicidad.

Él tomó la pluma, pero al ir á inclinarse para estampar su firma, del extremo del salón, en donde estaba la puerta de entrada, se oyó una voz clara y firme que preguntaba:

—¿Quién de los presentes es el llamado D. Víctor Itubialde?

Los concurrentes se desplegaron á ambos lados de la sala.

Entonces, ante las miradas atónitas de todos, avanzó hacia la mesa un caballero vestido de negro, á quien seguía otro y dos guardias civiles de infantería.

Otros dos habían quedado á la puerta.

—¿No es usted el que se titula conde de Ponte-Vedao?—preguntó el recién llegado á Víctor, tocándole suavemente en el hombro.

—Sí... pero...

—En ese caso dese usted preso de orden del señor juez del distrito de...

La confusión fué horrible, y el escándalo más aún; María cayó desmayada en brazos de una de sus amigas.

El banquero quedó consternado.

Durante tres meses no se habló de otra cosa en la villa y corte sino de aquel suceso, de aquel conde de pega, falsificador, estafador y granuja, que había estado á punto de enlazarse con la hija del opulento López.

Éste y María abandonaron la corte, trasladándose á Barcelona.

***

«*Barcelona...*

Mi siempre idolatrado Ricardo: Perdóname un momento de locura que me hizo olvidarte, y del que gran parte tuvo la culpa mi padre con sus continuadas exigencias, momento de locura por el que estoy bien castigada, y vuelve á mí, á tu María, que te adora más que nunca, y á la que tú siempre has amado y estoy segura no has olvidado...



¡Vuelve y perdona! que yo te juro quererte tanto, tanto, que lo pasado no te parezca sino un mal sueño.

Te esperan impacientes los brazos de tu

MARÍA.»

«Cádiz...

Ya es tarde.

RICARDO.»

Un año después la bella hija del opulento banquero D. José Lopera, tomaba el velo en el convento de Carmelitas descalzas de X.

Antonio R. López del Arco.

ECOS DEL MUNDO

Regiones médicas.—Creencia inmemorial.—Trabajos modernos.—Un inglés.—Libro curiosísimo.—¿Sin saber por qué?—Lo más conveniente.—Tísicos y reumáticos.—Terrenos elevados.—La presión atmosférica.—El hombre nadando.—Recopilación de cosas viejas.—Perogrullo, doctor.—Lo nuevo.—Las heridas.—En Madrid.—En otros lugares.—«Cosas» raras.—Rabiando y pataleando.

Era creencia admitida desde hace mucho tiempo, tanto, que casi puede decirse que es inmemorial, la de que no todas las enfermedades se curasen igualmente en unas ó en otras regiones del planeta.

Pero, á pesar de esta opinión, que como ya decimos se sospechaba casi desde los tiempos, si no de Hipócrates, de Miguel Servet, lo cierto es que hasta nuestros días no se había realizado un trabajo serio acerca de este punto.

Un sabio inglés, el doctor Housse, ha dado á la publicidad en un luminoso infolio tan interesante trabajo, y de él, recientemente publicado en Londres, tomamos estas ligerísimas notas.

Respecto á las enfermedades comunes en general, el estudio á que nos referimos, afirma desde luego, pero con un criterio razonadamente científico, las creencias y opiniones que en muchos casos, sin saber por qué—esta es la verdad—tenían los médicos.

Así, por ejemplo, en las afecciones de los órganos respiratorios y especialmente en las que se refieren á los pulmones (bronquitis, tisis, etc.), lo que se recomendaba como más conveniente al enfermo es el habitar en países donde la presión atmosférica sea muy pequeña, es decir, en terrenos elevados, cuanto más mejor, y en los reumatismos los terrenos secos, sin inconveniente ninguno en que sean fríos.

Sabido es que la presión atmosférica no es sino el peso de una columna de aire que gravita sobre la tierra ó sobre los objetos que se coloquen encima de ella. Ahora bien, como esta presión se ejerce en todos sentidos; como el hombre podríamos decir, valiéndonos de una metáfora, que *nada* en el aire, como el pez nada dentro del agua, de ahí que el ser humano no note esta presión, que, sin embargo, existe. La prueba es que cuando se hace el vacío en una cavidad cualquiera, el peso mismo del aire la oprime; esos candeleros que, sin necesidad de clavos, se fijan en cualquier pared, no se sostienen sino por la presión atmosférica en virtud del vacío que al colocarlos realiza el cacutchouc ó la goma que rodea el sostén.

Pues este peso del aire es necesario que sea el menos posible para los tísicos, *verbi gratia*, donde menos presión indique el barómetro (instrumento que obra en virtud de aquélla y la mide). Esta es la razón por la cual se aconseja á estos enfermos Panticosa y puntos análogos donde la elevación es bastante.

Hasta aquí el libro de Housse no pasa de ser una recopilación de cosas sabidas, algo así como una serie de perogrulladas; pero donde realmente está lo curioso es en lo que se refiere á las heridas.

Respecto á este punto el interés sube, y no deja de merecer seria atención la lista que el autor hace de pueblos y regiones favorables ó adversas á estas lesiones orgánicas, lista y clasificación afirmada, por cierto, por la práctica.

Citaremos algunas de estas afirmaciones:

En Madrid, las heridas en la cabeza son fáciles de curar; en cambio, la lesión más leve en una pierna puede complicarse de tal modo, que la amputación se imponga.

En Cádiz las lesiones en los brazos y manos son francas y de sencilla cicatrización.

Como datos curiosos, ofrece esta lista el de que sea Calais el punto donde mejor se pueden curar las heridas en las palmas de las manos, pero no en los dedos, y el de que en Cambridge no revistan generalmente dificultades las operaciones que se hagan en los pies, ni en Berlín las que se realicen en la garganta.

De todos estos extremos el sabio inglés da prolijas explicaciones, de las que hacemos gracia al lector, y es indudable que en la mayoría de ellas Housse no se ha equivocado.

Trátase además de una persona sumamente seria, que ha confeccionado un libro, teniendo á la vista la infinidad de notas que los médicos más eminentes de todos los países le han ido remitiendo, respondiendo así á su llamamiento.

Una noticia del mismo libro para concluir: la hidrofobia es la afección más sencilla de curar en la Siberia.

Y bueno es saberlo, porque puede que tengamos, con el tiempo, que trasladarnos la mayoría de los españoles á Moscou.

Porque la verdad es que somos muchos los que estamos *rabiando*.

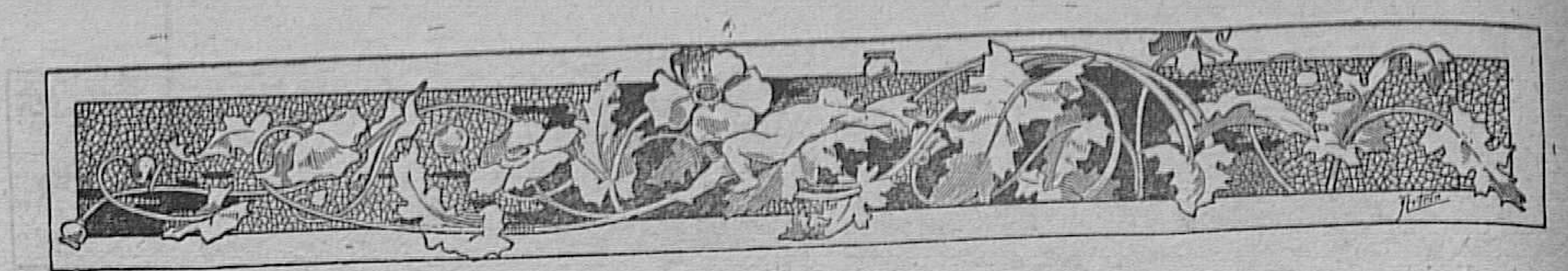
Doctor Traveller.

MODAS

Esta sección está á cargo de la elegante Revista *La Ultima Moda*.



Traje de baño.—Este elegante modelo es de sarga azul. Pantalón bombacho, cubierto por una falda plegada, guarnecida en los contornos con cenefas de trencilla de lana blanca. Cuerpo corto, adornado de igual modo que la falda, abierto sobre un plastrón de encaje de lana blanco, sobre fondo de sarga. Mangas cortas. Cinturón de lana blanca. Gorra de hule blanco.





D. O. M.

DON JORGE SERRA FRANCÉS

FALLECIÓ AYER A LOS 70 AÑOS DE EDAD

HABIENDO RECIBIDO LA BENDICIÓN APOSTÓLICA DE SU SANTIDAD

R. I. P.

Sus desconsolados hijos D. José, D. Federico, D.ª Sergia, D.ª Consuelo, hijos políticos D. Vicente García, D.ª Claudine Natón, D.ª Julia Llácer, nietos, hermanos, hermanos políticos, sobrinos, primos y demás familia;

Suplican á sus amigos y conocidos se sirvan encomendar su alma á Dios, y asistir á la conducción del cadáver que se verificará hoy á las diez y cuarto de la mañana, desde la casa mortuoria, Santa Elena 32, á la parroquial iglesia de Santa María, donde se celebrará la MISA DE REQUIEM, á cuyo favor anticipan su gratitud.

EL DUELO SE DESPIDE EN LA IGLESIA — Alcoy 23 Julio de 1899.

ALCOY AL DIA

Malas pulgas gasta *La Lucha.*

No con el propósito de molestar al colega, ni de ingerirnos en lo que pueda afectar á su Administración, mas sí con el deseo de prevenir al público contra los que abusan de su buena fe, reprodujimos, tomándolo de *El Imparcial,* un suelto relativo á cierta asociación de artistas, establecida en París, que se dedica á pescar incautos, ofreciendo *gratis* retratos ampliados al carbón.

Como *La Lucha* es un visionario que se le antojan huéspedes los dedos de la propia mano, ha creído que nuestra advertencia se dirigía á mala parte, y sin encomendarse á Dios ni á la Gramática, á la que es poco afecta, esgrime contra nosotros la sátira y no deja en nuestro periódico columna con hueso sano. De la cruz á la fecha revista todos nuestros escritos, y hasta la emprende con el *Odol* y el *Opal-Pasta.*

¡Celosillo! ¿Pero esto es envidia ó caridad?

Vaya, vaya; crea *La Lucha* que ni cosquillas hemos sentido con sus aparentes alfilerazos.

¡Que nuestras noticias son de la época de la invasión francesa! Y qué le vamos á hacer si no nos es dable ofrecerles á nuestros lectores el sabroso plato *Ecos y resonancias* con que *La Lucha* obsequia á los suyos, y la novedad culinaria de toda la prosa y poesía, de cosecha propia, que publica para mayor gloria del inmortal Penoso.

Bromas aparte, una cosa sentimos únicamente, y es haber servido de cabeza de turco á *La Lucha*, en su pleito pendiente con la *Revista Católica.*

¿No le parece á *La Lucha* que cada palo debe aguantar su vela?

—Esta noche habrá velada musical en la Plaza de San Agustín, estando encargada de la misma la banda *La Primitiva*. He aquí el escogido programa:

1.° Pasodoble «El Alféris», J. Seva.—2.° Wals «Dulces palabras», Waldteufel.—3.° Polca «Cu-cu y piu-piu», N. N.—4.° Fantasía sobre motivos de varias zarzuelas, Caballero.—5.° «Moraima» Capricho característico, J. Espinosa.—6.° Pasodoble «El jó y já», J. Espinosa.

—Al dar cuenta en nuestro número de anteayer viernes, del robo de dos gallinas cometido en casa de D. Federico Tort, dijimos que había sido detenido un sujeto apodado *El Pelat* y que este se había confesado autor del delito.

El hecho es cierto, y tanto es así, que *El Pelat* fué conducido á la cárcel el día de su detención, quedando allí á disposición del Sr. Juez don Benito López Robles, y á las resultas del proceso, que no será seguramente muy favorable, por cuanto *El Pelat* ha extinguido varias condenas por análogos delitos al que de reciente ha cometido.

—Víctima de una afección fulminante, dejó de existir ayer á las ocho de la mañana, el conocido industrial D. Jorge Serra Francés, dueño de los talleres de construcciones mecánicas que llevan su nombre.

El Sr. Serra venía sintiéndose molestado desde hace unos días por una leve indisposición, pero no se temía que pudiera sorprenderle la muerte tan de improviso. Ayer mañana á las siete, se encontraba bastante bien, entregado, como de costumbre, á sus habituales ocupaciones y poco despues rendía su espíritu.

La noticia de su muerte produjo en Alcoy profunda sorpresa y honda pena, manifestándose así las grandes relaciones de amistad y de afecto con que contaba el finado.

Hoy á las diez y cuarto se verificará la conducción del cadáver al templo de Santa María, en donde seguidamente se celebrará una *Misa de requiem*, siendo de esperar que este religioso acto se vea muy concurrido.

Descanse el finado en la paz del Señor, y reciban sus desconsolados hijos, hijos políticos, hermanos y demás familia nuestro más sentido pésame.

—El encierro de los toros para la corrida de hoy, se verificó ayer tarde, después de las cuatro, sin incidente alguno.

A pesar de lo intempestivo de la hora, los bichos entraron en los corrales, como penetran en el Matadero público las reses cabrías.

Ya veremos lo que dan de sí las *señoritas toreras* y los becerros; y debemos advertir al público, por lo que pueda tronar, que no se desprenda, al entrar en la Plaza, del talón resguardo que va adherido á cada billete de entrada, pues el alcalde D. Severo Pascual tiene tomadas sus medidas de precaución, para el caso, no improbable, de que tenga que incautarse de la taquilla, y de devolver el dinero á los espectadores. El valor de la entrada solamente se devolverá á los que presenten dicho talón.

También ha prohibido la alcaldía que se admita dinero en las puertas de la Plaza.

—El que padezca de los callos, recurra á los parches de Wasmuth, en el reloj. Estos han dado siempre el resultado apetecido cuando los demás medios han fracasado.

Imprenta del HERALDO DE ALCOY